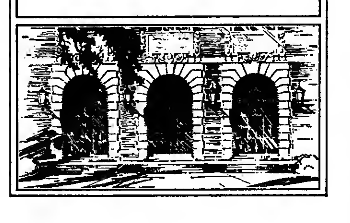




A LA DERIVA por HECTOR PEDRO BLOMBERG

CANCIONES DE LOS PUERTOS, DE LAS TIERRAS Y DE LOS MARES

EDICIONES SELECTAS "AMERICA"
BUENOS AIRES
1920

A LA DERIVA

A LA DERIVA por

HECTOR PEDRO BLOMBERG

CANCIONES DE LOS PUERTOS,
DE LAS TIERRAS Y DE LOS
MARES

EDICIONES SELECTAS "AMERICA"
BUENOS AIRES
1920

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La canción lejana, (versos).... 1912

Las puertas de Babel, (novelas) 1920

A la deriva, (versos).......... 1920

En preparación:

La sangre de los errantes, (novela).

Soñadores del Ghettho, de Israel Zangwill, (traducción).

Melodías hebraicas: Heine, Byron, Longfellow, Zangwill, Spire, (traducción).

PUERTO

A una errante

Eras, cual yo, una errante, y como yo, tenías
La sangre de los nómades y el dulce mal de andar,
Y en tus extraños sueños de azules lejanías,
Amabas las ciudades, los caminos y el mar.

Tú también comprendías las voces de la espuma,
El idioma del viento, la profunda canción
De las viejas ciudades dormidas en la bruma,
Y oías de las piedras latir el corazón.

Sabías alejarte, el alma a la deriva,
Por los anchos caminos del ensueño y del mar,
(Triste corazón mío, oh gaviota cautiva
Que acaso nunca vuelvas las olas a escuchar!)

Ciudades, cielos, mares, ondas. soles y ríos;
El alma siempre en viaje y la eterna inquietud.
(Soñé que reanudaban tus sueños y los míos
El viaje milagroso de nuestra juventud).

Barrio marinero

Láscaros y noruegos, árabes de Aden, chinos,
Rostros duros, bronceados por el viento y el sol,
Rubios escandinavos, morenos levantinos,
Que hablan todas las lenguas, del hindú al español.

Por las turbias callejas donde nunca es de día
Van las tripulaciones con inseguro andar;
Oh negros paraísos de la marinería
Donde se vuelcan todas las miserias del mar!

¿Qué canción era aquella que tocaba la orquesta
En el bar del rey Jorge, en la alcohólica fiesta?
¿No era el viejo y famoso cantar de «Mandalay»?

Al beber los errantes sus copas venenosas,
Soñaban que la oyeron en noches ya borrosas
En el bar de algún muelle de Santos o Bombay.

Tommy's Bar

Tommy's Bar, familiar y melancólico!
El humo azul de los cigarros griegos
Dibuja extrañas pesadillas. Duerme
Bajo los astros fatigado el puerto.
Es la alta noche, y el antiguo piano.
Bajo los dedos del pianista ciego
Entona la canción de Tipperary.

Madrugadas de alcohol, noches sin sueño,
Nostalgia de las noches taciturnas
Bajo los astros de extranjeros cielos;
Melancolía gris de los errantes,
Amaneceres trágicos de tedio,
Y el suspiro profundo
De los buques inmóviles e inquietos.

Trágicos ojos de mujeres trágicas
Miran sobre las copas de veneno,
Y despiertan visiones de lujuria
En las turbias pupilas de los ebrios.

El alba estaba cerca,
Y clareaba en el barrio marinero.
Calló el piano el cantar de Tipperary.
Guardó la noche sus idilios negros,
Aletearon las brisas de la aurora,
Se oyó el confuso sollozar de un ebrio,
Suspiraron las naves su nostalgia,
Y al morir las estrellas en el cielo,
De Tommy's Bar las amarillas luces
En el amanecer palidecieron.

Opio

WANG Li, dame más opio, más opio todavía!
(Ya he fumado dos pipas; con esta serán tres;)
Para llenar de sueños mi vida muerta y fría:
El olvido primero, y la muerte después. .

¡Wang Li, dame más opio! Una mujer dormía
En actitud convulsa y rígida, a mis piés...
¿Cuántas pipas le has dado, Wang? Yo la conocía
Cuando era bella y joven, en un puerto francés...

Wang Li, dame más opio, que mi nave mañana
Se llevará mi vida miserable y lejana,
Con el dolor de siempre por las rutas del mar.

La dormida me mira con mirar fijo, extraño,
Con aquellos sus bellos ojos que yo amé antaño...
Pero Wang Li ya viene... Se oye su lento andar.

Las veladas del bar

Las veladas del bar Garibaldi tenían
Olor a sangre, a whisky, a espuma y a carbón;
Allí, cuando los hombres llegaban o partían,
Sonaba de los mares la terrible canción.

¿Dónde estarán aquellos rudos aventureros,
Ulises andrajosos que hablaban en inglés
De extrañas Odiseas a bordo de veleros,
Y de obscuras Iliadas hacia el Este de Suez?

Eran de Glasgow y Génova, de Cádiz y el Pireo,
De Hamburgo y San Francisco, de Capetown y Bombay...
A veces, en la noche, parece que aún los veo,
Y escucho alguna historia que sucedió en Shanghai.

¿Adónde se habrán ido los errantes que un día
Poblaron de leyendas el tumulto del bar?
Algunos redondean el mundo todavía,
Otros están durmiendo en el fondo del mar.

Sospecho que uno de ellos se pudre en un presidio,
Tal vez otro agoniza en algún hospital,
Otro buscó en las aguas sangrientas del suicidio
La misteriosa ruta para el puerto final.

Oh mis Jasones ebrios! En sus almas traían
La canción de la vida vagabunda y brutal,
Y eran bellos, sublimes, porque todos tenían
El desdén de la muerte, del amor y del mal.

Nadie cantó su sombra, su dolor, su aventura:
Sólo yo, alguna noche de música y de alcohol,
Recogí su leyenda miserable y obscura
Y canté su tragedia bajo la luz del sol...

La irlandesa del bar

Es un café pequeño, un bar triste y obscuro,
Incrustado en la Dársena. Una vieja irlandesa
Sirve a los pocos clientes una mala cerveza.
Hay un violento cromo del rey Jorge en el muro.

Entre los humos acres de aquel alcohol impuro
Adorméceme el opio sutil de mi tristeza;
Un mono de los trópicos chilla bajo una mesa,
Y un ebrio canturrea con acento inseguro.

Una tragedia humilde, misteriosa, se siente
En aquel bar... Y cuando se va el último cliente,
Con los brazos sobre una mesa, se oye llorar

A la vieja irlandesa, que todavía sueña
Con los ojos azules de aquella su pequeña
Que se fué para siempre, una noche, del bar...

La bruja

Era una bruja extraña y familiar. Bebía
Más que dos fogoneros en las sucias tabernas
Del puerto. Se arrastraba con sus trémulas piernas
Hacia los muelles cuando algún barco volvía.

En las noches inquietas del «water-side» porteño
Hablaba sollozando, ebria, en cualquier café,
De su belleza muerta, su país brasileño,
Su juventud lejana y el hombre que se fué.

El hombre se había ido hacía cuarenta años,
Y ella acechaba siempre los semblantes extraños
Cada vez que los barcos regresaban del mar,

Y entre dos borracheras, un día y otro día,
En su ilusión terrible, soñaba todavía
Hallarlo, aquella bruja trágica y familiar.

Los antros

CON las primeras luces llegó la gran goleta
De puertos australianos. Seis meses en el mar.
Cuando cayó la noche en la ribera inquieta
Se escapó de los antros un siniestro cantar.

Todos estaban ebrios. Sangre, sudor y vino
Manchaba los semblantes bronceados por el sol;
En cada antro, a la lumbre de un farol mortecino,
Bramaba la lujuria y cantaba el alcohol.

Obscura y misteriosa, la goleta dormía.
Agonizó la noche; la claridad del día
Volcó en los viejos puentes su resplandor de añil.

En la sombra de un antro, en la quietud del puerto,
Una mujer gemía junto a un grumete muerto
Y enjugaba la sangre de aquel rostro infantil.

La griega del antro

Era flor de tragedia, con sus claras pupilas
Y su pálido rostro sin luz de juventud;
La amaban en las noches siniestras e intranquilas
Los ásperos jasones de la Dársena Sud.

Era flor de lujuria en el antro del puerto,
Al resplandor extraño, sangriento del farol;
Al alba enmudecían en el patio desierto
Los roncos acordeones, los cánticos de alcohol.

Andaba su recuerdo por el mar. Los errantes
Soñaban con sus claras pupilas inquietantes;
Más de uno la maldijo y más de uno la amó.

Y ella siguió en el antro rojo de la ribera,
— Jadeando sus espasmos la turba marinera, —
Hasta que un fogonero borracho la mató.

El piloto inválido

Me muero de tristeza entre estos altos
Y obscuros edificios
Desde cuyas ventanas
No se divisa nunca el horizonte.

Me muero de tristeza en estas plazas
Cuyos desnudos árboles no tienen
Acentos misteriosos
Ni aromas de follajes tropicales.

Me muero de tristeza entre estas gentes
Que viven amarradas a la tierra,
Y cuyos ojos fatigados nunca
Se vuelven hacia el cielo.

Me muero de tristeza en este mundo
Tan sórdido y extraño,
En esta ciudad grande y misteriosa
En cuyas frías noches no se siente
Como en las noches de los altos mares,
La presencia de Dios.

El piloto ciego

Cada vez que la nave regresaba
De las rutas lejanas de los mares
Iba a esperarla en el rincón de siempre,
    En el muelle de piedra,
Entre el crujir de las gigantes grúas
Bajo el cielo plomizo de las dársenas,
    Aquel piloto ciego.

¡Cómo temblaba el corazón del ciego
Cuando estrechaba contra el pecho rudo
La rueda del timón, y las estrellas,
Las lejanas estrellas invisibles
Nevaban sobre el puente de la nave!

Sonaba entre las jarcias
El áspero graznar de los albatros;
Se escuchaban los pasos familiares
Allí en el entrepuente;
Cantaban en la sombra del navío
Las voces de las aguas,
Y el ciego las oía...

Cada vez que la nave se alejaba
Por las rutas lejanas de los mares,
Hinchada la alta vela de zozobra
Al viento del estuario,
En el muelle de piedra,
Bajo el cielo plomizo de las dársenas,
Las lágrimas corrían
Por las mejillas del piloto ciego.

El tejedor de mortajas

Siempre veo esos ojos tan claros en el puente
Y el rostro taciturno del viejo finlandés
Que remendaba lonas, solitario y paciente,
Bajo el trémulo canto del viento en el bauprés.

Siempre veo esa extraña y siniestra figura
Que cosía mortajas a la luz del farol,
Esas manos rugosas cosiendo sin premura
En las mañanas claras, bajo el ardiente sol.

Siempre veo a ese anciano con sus ojos de muerto
Que se quedaba a bordo al fondear en un puerto
Tarareando entre dientes un fúnebre cantar.

Lo hallaron una noche, rígido y solitario,
Caído entre la lona de su último sudario.
Y al nacer una aurora lo arrojaron al mar.

Crepúsculo en el puerto

Sangre del sol muriente coagulan las mesanas
Y las goletas duermen en su cansancio gris.
Pasa la gran tristeza de las cosas lejanas;
Un negro está soñando con su ardiente país.

Se ve el alto velamen contra los rojos cielos
De un pailebot que parte hacia un puerto español,
Y semejan sus velas gigantescos pañuelos
Que enjugaran la sangre luminosa del sol.

Fatiga, ensueño, sombra. En un cantar lejano
Da al viento su nostalgia el obscuro africano.
Parpadean las luces de un miserable bar.

Canta en la tarde triste el alma gris del puerto,
—El alma de los hombres que se han ido o se han muerto—
Y las goletas dicen su pesadumbre al mar.

La muerte en los muelles

No quiero morirme, aquí en el silencio
Del muelle dormido, al amanecer;
Oh Dios, dame un poco de fuerzas, la nave
Está allí, tan cerca, donde la dejé...

Morirme aquí, en tierra, mirando los mástiles
Del barco en que un día la tierra corrí;
Los mares, los mundos, los climas, los puertos,
Llevadme hasta a bordo... ¡No quiero morir!

¿Porqué me esperabas aquí, en este puerto?
Tú sabes, oh Muerte, que no te temí
Del mar en las rutas ni en grandes borrascas,
Ni en aguas de espanto ni en cielos de añil.

¿Porqué me esperabas, oculta en el muelle?
Pasamos la noche con cantos y alcohol
En aquella vieja taberna de antaño...
¡Ah, qué alegre estaba la tripulación!

Eran compañeros de lejanos días,
De barcos que no andan ya más por el mar;
¡Ah, cómo cantamos y cómo bebimos!
Hasta que los últimos no pudimos más...

No quiero morirme, aquí, en este puerto...
Dejadme que llegue al barco otra vez;
Que sienta de nuevo sus viejas maderas
Sobre mi cabeza y bajo mis piés...

¡Mi buque! ¡Mi buque! ¿Porqué me han dejado
Caído en el muelle, al amanecer?
Sigamos cantando, viejos camaradas...
Pidamos más whisky... «It's a long, long way...»

Una canción en los muelles

Me arrullan las notas de la arboladura...
Mares de leyenda, vientos de aventura
Que cantan y soplan en mi corazón;
He visto esta noche, cual visión lejana,
La sombra del Hornos, el sol de la Habana,
Las luces de Malta, la rada de Hong Kong.

¡Qué sueños extraños evoco despierto
En esta taberna, mientras duerme el puerto
Y me envuelve el frío del amanecer!
Oigo las canciones de extraños países,
Pupilas azules y negras y grises
Parecen mirarme desde la pared.

Mi pipa se apaga. Se muere el lucero.
Las naves me llaman. El sol mañanero
Derrama en los puentes extraña inquietud;
Fué en una como esta mañana asoleada
Que la vieja *Mary Connor* fatigada
Con las velas rotas llegó a Singapur.

La voz de los muelles me hablaba al oído...
Mi vida fué un buque que errante y perdido
Corrió por los mares al viento y al sol.
(Mientras me dormía junto a la ventana
De aquella taberna obscura y lejana
El mar me cantaba su eterna canción).

Oh, lentos navíos, famosos veleros,
De velas como alas, gallardos y fieros,
En que corrí el mundo bajo el cielo azul,
Oyendo en la noche cantar las sirenas
Bajo la nevada de las lunas llenas,
Bajo las pupilas de la Cruz del Sur.

No volveré nunca por los cinco oceanos.
Ni allá por los puertos de mares lejanos
Con nuevos amores volveré a soñar;
Ya fondeó la vieja barca de mi vida,
Inválida y triste, ruinosa y perdida,
Y de esta ribera ya no zarpará.

Mirando las naves soñaré despierto,
Solo en el obscuro silencio del puerto,
Y de mi ventana veré en el cristal
Las claras visiones de los viejos días.
El sol, los oleajes y las lejanías,
Cuando el alba triste comience a clarear.

Mares de leyenda,. vientos de aventura,
Que cantan en mi alma cansada y obscura,
La voz de los muelles trae una canción
Dulce como el eco de lejano oleaje...
Y sueño en los días de mi primer viaje,
Cuando aquel grumete llegó a Nueva York...

BUQUES

Salmo de los navegantes

Ellos que van al mar en los navíos,
Solos sobre las aguas espumosas,
Ellos en cuyas almas misteriosas
Vuelca la eternidad sus vientos fríos.

Ellos que van del sol tras los destellos
Por los caminos de los cinco oceános,
Y oyen voces y cánticos lejanos.
Del mar en los titánicos resuellos.

Ellos los misteriosos vagabundos,
Que van dando en las rutas de los mundos
Al huracán y al viento los cantares

Que escuchan las sirenas en sus huellas;
Ellos que saben leer en las estrellas
Y están cerca de Dios sobre los mares

El alma de los navíos

El sol, los horizontes y los puertos,
Las azules y eternas lejanías,
Las claras noches, los ardientes días,
Y los mares inmensos y desiertos.

En la noche el suspiro de los muertos
Que están durmiendo entre las ondas frías,
En el alba las sordas melodías
De los alisios en los trapos yertos.

Cielos rojos y azules, cielos grises
De distantes y exóticos países,
El ciclón, los oleajes y las calmas.

La nostalgia de un puerto muy lejano,
Y el dolor y el misterio del oceáno
De los viejos navíos en las almas...

Al partir las goletas

LAS goletas que anoche dormían en el río
Con la luz de la aurora se aprestan a partir;
Sus manchados velámenes se hinchan al viento frío
Que sopla entre las jarcias y parece gemir.

Oh naves errabundas como el ensueño mío,
También como vosotras yo me quisiera ir,
Bajo el soplo del viento, por el gran mar bravío,
A las tierras distantes donde el sol va a morir.

Las goletas se han ido. La postrera se esfuma
En el sutil y vago misterio de la bruma,
Con la incierta pupila de su rojo farol.

Ya se han ido. Algún día volverán a estos suelos
Trayendo entre sus jarcias canciones de otros cielos,
Trayendo en sus sentinas cargamentos de sol.

La «Sofía Duncan»

Vieja «Sofía Duncan» que llevas los cantares
De las tierras distantes, allá en tus aparejos,
¿Dónde estarás ahora, siempre lejos, muy lejos,
Luchando con los vientos en los remotos mares?

¿Aún no terminaron tus eternos andares
De los pálidos astros a los blancos reflejos?
¿Aún vagan los espectros sobre tus puentes viejos,
Poblados de recuerdos y sombras familiares?

Vieja «Sofía Duncan» donde yo fuí grumete
Y en las noches lejanas soñé bajo el trinquete
Y aprendí las leyendas misteriosas del mar.

¿Los grumetes aún sueñan en tu desierta prora,
En las noches de luna, cuando viene la aurora,
Y los pálidos astros se empiezan a apagar?

El «Bougainville»

Ayer, cuando volvías de las tierras distantes,
Caldeados por los soles de China y del Brasil,
Me invadió la nostalgia de los días errantes,
Cuando vagamos juntos, oh viejo Bougainville...

Me hablaban tus maderas en su mudo lenguaje,
De oceános espumosos bajo cielos de añil,
De tierras misteriosas... ¡Oh, cuánto extraño viaje
Del Havre a Singapore, la Costa de Marfil!

Y me turbó el ensueño de quedarme en tu puente,
Y de hundirme en las rutas lejanas del Oriente...
¡Dulce y vieja quimera de morir en el mar,

Bajo la azul pupila de la primera estrella!
(En mi ensueño veía las luces de Marsella
Temblando entre la bruma, como antes, al clarear...)

Buques...

Llévanos para siempre, viejo océano,
A nosotros también como los restos
De los buques hundidos,
Como el viento las hojas,
Como el tiempo el recuerdo. Ven y llévanos
Con nuestras esperanzas inmutables
Y con nuestros dolores infinitos.
¡Llévanos para siempre!
Somos también los buques vagabundos;
Un día fuímos árboles
Y sentimos pasar la primavera;
Nuestro ramaje se cubrió de flores
Y nuestro corazón retoñó en frutos.
Fuímos también como los buques. Fuímos
Bajo la gloria y el cantar del viento
En una fiebre extraña de avatares
A los climas soleados y a los puertos,

Tendidas nuestras velas
Al viento de la Vida.
Somos como los buques. Por nosotros
Pasaron cual fantásticos viajeros
—Viajeros que no vuelven—
La ilusión, el amor y la esperanza.

Somos como los buques. Buques viejos
Encallados aquí, entre las rompientes,
Y llora en nuestras almas la resaca.
Las borrascas, los vientos,
Desmantelaron los errantes cascos;
La marea adormece
Nuestras obscuras almas solitarias,
Y las maderas carcomidas crujen
En las noches de luna...

NOSTALGIA

El último sueño de Pierre Loti

Qué misteriosos sueños
Te contaban los astros familiares
En tu casita rústica de Hendaya,
Cuando temblabas en las claras noches
Con las fiebres mortales de Indochina,
Y volvía de nuevo a tus oídos
La balada remota de las aguas
Y el cantar luminoso de los cielos?
Volvías, en los sueños de tu fiebre,
A las tierras distantes;
Veías a lo lejos en la noche
Los faros españoles
Del golfo de Vizcaya;
Te llevaba la nave de tu sueño
A los remotos y calientes climas,
Y divisabas las lejanas luces
De la vieja Bagdad...

Sentías en tu frente
El soplo de los vientos africanos,
Tus pupilas febriles
Contemplaban de nuevo, alucinadas,
Las riberas desiertas
Donde dormitan los caimanes grises,
Los monstruosos baobabs, a cuya sombra
Se sueña en el olvido y en la muerte,
Y veías, distintas y cercanas,
Las arenas de Annam
Sangrientas bajo el sol...
Por la ventana abierta
Entraba un rayo de la luna roja
Y traía otro sueño
A tu frente febril;
Oías un cantar bárbaro y triste
Que volvía del fondo del pasado:
Era el canto de amor de los maoríes,
La canción que a tu oído
Cantaba tu princesa
En las noches de luna de Oceanía...
Al eco triste del cantar tahitiano
En torno de tu lecho

Danzaban melancólicas las sombras
De Orena y Rarahú...

Invadían tu cuarto solitario
Aromas de naranjos florecidos,
Las estrellas australes
Alumbraban tu sueño,
Y un eco de leyendas
Flotaba en derredor.
¡Qué extraño era aquel sueño que soñabas
Bajo la luna roja
En la selva incendiada de tu fiebre!
Rodeado por tus pálidas visiones,
Oyendo los cantares espectrales,
Sonreíste al soñar que te envolvían
Las alas invisibles de la muerte.

La viajera perdida

En las noches de guardia, cuando corre el navío
A través de los mares, bajo un remoto cielo,
Me parece sentirte de nuevo al lado mío
Y me embriaga el perfume sutil de tu pañuelo.

La campana resuena a .estribor, y las horas
Como las olas pasan sobre mi vida errante,
Y aún veo tus azules pupilas soñadoras,
¡Oh blanca pasajera de aquel día distante!

Embarcaste en un puerto brumoso de Inglaterra;
Una clara mañana bajaste en otra tierra...
¡Qué solo quedó el barco cuando volvió a zarpar!

En las noches de guardia aún me parece verte,
Y me siento más triste que la ausencia y la muerte,
Y a mi tristeza errante solo responde el mar.

A un ahogado

¿Estás durmiendo bajo el agua, Sammy?
¿Te sirven las madréporas de almohada?
¿Ya devoraron los hambrientos peces
Tu fiel y obscuro corazón de humilde?
Oh Sammy, las sirenas invisibles
¿Ya tejieron con algas tu mortaja?
Tu ojos fieles, tus pupilas muertas,
¿Ya no ven desde el fondo de los mares
Los luceros lejanos?

A veces, en el puente,
Bajo la Cruz del Sur, en noches claras,
Pienso en tu largo sueño, pobre Sammy,
Y vuelve a mis oídos
La canción que cantamos
Una noche de guardia, en la goleta,
Fondeados en la rada de Honolulu...

Oh Sammy, si tú vieras,
El mar ya no es como antes...
Un dolor de morir flota en los puertos,
Y en la estela que dejan los navíos
Se ven saltar los tiburones-tigres.

Más tú no sabes, porque duermes, Sammy,
En tu mortaja de algas,
La cabeza apoyada en las madréporas,
Desde aquella mañana que entregamos
A Dios tu alma y a la mar tu cuerpo...

Y yo sigo esperando todavía
Que una clara mañana del oceáno
Me recen el oficio de difuntos
Y me arrojen al mar con una bala
Amarrada a los piés...
Por eso a veces
Pienso en tu largo sueño, pobre Sammy,
Y vuelve a mis oidos
La canción de la rada de Honolulu...

¿Te acuerdas, compañero?

¿Te acuerdas, compañero, cuando en los viejos días
En los muelles de Liverpool cargábamos carbón?
¿Te acuerdas de las rojas y trágicas orgías
Cuanda el barco tocaba las islas Salomón?

¿Te acuerdas de los años corriendo en los veleros
Desde la mar de Behring hasta el Canal de Suez?
¿Te acuerdas de los antros y de los fumaderos
De Shangai y de Londres, de Port Said y de Suez?

¿Te acuerdas de las trágicas sirenas de Marsella,
La que murió en mis brazos la roja noche aquella?
¿Y de la japonesa del café de Madrás?

¿Te acuerdas de cuando eras, como yo, erguido y fuerte,
Y corrimos el mundo riéndonos de la muerte?
¿Te acuerdas, compañero, de lo que ya no es más?

INTERMEZZO

La casa derribada

Ya no están más los despintados muros,
Ya han derribado la ruinosa casa
Donde vivimos nuestra juventud...
Nada ha quedado, nada,
Ni aquel rosal que perfumaba el patio,
Ni el clavel andaluz de tu ventana...
Muros que reflejaron nuestras sombras,
Piedras que recogieron nuestras lágrimas,
Umbrales que gastaron nuestros pasos,
Rejas que atravesó nuestra esperanza,
Rincones que sabían los secretos
De nuestras pobres almas.

La puerta donde entré por vez primera,
Los corredores donde tú cantabas,
El patio en que contamos las estrellas,
La silenciosa sala

Donde nuestras dos sombras se juntaron
Al fulgor tembloroso de la lámpara...

Nada, nada ha quedado
De la mansión obscura y solitaria
De angostas puertas y de techos bajos
Que fuera un día el encantado alcázar
De nuestro viejo ensueño
Y de nuestra esperanza...

Todo lo derribaron
Y no ha quedado nada,
Ni un cantar, ni una piedra....

Ayer me pareció que se llevaban
Nuestro pasado y nuestra juventud
Con los escombros de la vieja casa.

El árbol

OTRA vez he venido
A dormir mis cansancios y a buscar el olvido
Bajo la vieja sombra de tus torcidas ramas,
Árbol que hablas y sueñas, que suspiras y que amas,
Como un abuelo triste, meditabundo y ciego,
¡Viejo árbol que perfumas el patio solariego!

Se fué mi primavera,
Ya no florecerá mi amor ni mi quimera;
Pero tú, oh árbol viejo de ramas retorcidas,
Si viste cien otoños largos como cien vidas,
Y cien interminables y nevados inviernos,
También soñaste sueños generosos y eternos
Cuando el sol anidaba en tus ramas austeras
Y cuando florecías en tus cien primaveras...

¡Viejo árbol de mi infancia!
De tus últimas flores me embriaga la fragancia,
Como antes en los días mejores que pasaron...
Háblame de los labios queridos que callaron,
De los ojos azules y hondos que ya no ven...
Háblame en el silencio de mi patio también,
Árbol amado y solo, único y viejo amigo,
De las cabezas blancas que soñaban conmigo...
¡Árbol como un abuelo, triste inmóvil y ciego,
Vuélveme los amores del patio solariego!

La luz del rascacielo

Oh luz del rascacielo,
Misteriosa pupila
En el dolor de la ciudad clavada,
En el ensueño de las calles fija.
Ojo inmóvil y triste que contempla
El tránsito y la vida
El pesar y la muerte,
El nacer, la agonía
El triunfo, la derrota,
La esperanza infinita
La congoja sin término
Que arrastran bajo el cielo de los días
Y las claras estrellas de las noches
Las humanas hormigas.

Oh luz del rascacielo,
Misteriosa pupila
Siempre insomne y despierta,
Extraña y pensativa

Como un dolor que vigilara siempre
Y no se consolara todavía!
Ruedan los claros soles
Y el tiempo abre en la bóveda infinita
Sus pupilas de estrellas;
Pasan por los palacios y bohardillas
El amor y la muerte;
Sudan y sangran las obscuras vidas,
Reposan bajo el canto de los astros,
Y tú siempre vigilas,
Y tú nunca te apagas,
Oh luz del rascacielo... Se diría
Que fueras la conciencia atormentada,
La esperanza infinita,
Que fueras el dolor irredimible
De esas negras hormigas...

Las casas donde hemos vivido

Casas donde vivimos
Los días que se fueron para siempre!
Hoy hay rostros extraños,
Se oyen vibrar desconocidas voces
Y se escuchan los pasos de otras gentes
En las habitaciones donde un día
Enloquecidos de dolor, cerramos
Las pupilas sin luz de nuestros muertos...
Ajenos corazones
Laten bajo los techos familiares,
Viven, lloran, esperan, sufren y aman,
Lo mismo que nosotros
Bajo la estrella roja de la vida.
Otras sombras divagan
Por los patios de antaño;
Otras lágrimas corren
Detrás de los cristales

Cuando nieva la luna en la ventana;
El rumor de otros besos
Ahuyenta nuestras sombras
En esas casas donde ayer vivimos!

Allí en los aposentos olvidados,
Donde bendijo Dios nuestros amores,
Donde mecimos, trémulos, las cunas
Y creímos morir junto a los féretros;
Allí se ha quedado algo de nosotros,
De los días que huyeron para siempre:
Amor, dolor, ensueño y esperanza,
Recuerdo y juventud...

Nuestros ojos se nublan
Cuando pasamos por las viejas casas
Y las poblamos con las cosas muertas
Que solo viven en nosotros mismos...
Esos extraños rostros,
Voces desconocidas,
Esas vidas ajenas y lejanas...
¡Cómo nos hacen daño!

Nocturno de la muerte

Qué blanca estabas la última noche que pude verte
Bajo el milagro del plenilunio de primavera!
Yo comprendía que alguien rondaba junto a tu vera,
Y era la Muerte.

En aquel banco de piedra estabas, pálida, inerte,
En las estrellas fijos tus ojos sin luz alguna;
Yo sentí un ruido cual de hojas secas bajo la luna.
Y era la Muerte

Qué amargo y hondo presentimiento que iba a perderte,
Qué extraño sueño tuve esa noche que iba a dejarte!
Sí, yo sabía que te buscaban para llevarte,
Y era la Muerte.

Y me dejaste sin que pudiera yo devolverte
Toda la vida, todo el ensueño que tú me diste;
Por eso, a veces, cuando hace luna, me siento triste
Como la Muerte.

MOTIVOS ÁRABES

Züleika

LATIDO de mi corazón, ¡qué blanca
La luna apareció sobre el desierto!
Ven, que te espero en el rincón de siempre:
El viejo Mahomed está durmiendo...

Luz de mis ojos, dime que conmigo
Sueñas, cuando atraviesan tus camellos
Las arenas resecas y ardorosas:
Calla, que el viejo Mahomed se ha vuelto...

Bésame, sangre mía, en las pupilas...
¡Oh, cómo huelen los naranjos nuevos!
El viejo Mahomed está soñando,
Y murmura en su sueño.

Bésame más... ¡Qué blanca está la luna,
En los oasis límpido del cielo!
Toma esta ajorca de oro, toma y guárdala,
Que Mahomed no la echará de menos...

Vete, que ya la luna palidece.
Latido de mi corazón. Te espero
Aquí mañana, cuando todo duerma:
El viejo Mahomed está despierto...

El sueño de Ibrahim

Oh mísero Ibrahim .. Está soñando
Junto al Bósforo azul con la cadina,
Y las lágrimas corren
De sus muertas pupilas...
Pasan los caiques bajo el Cuerno de Oro,
Y el muezzin melancólico suspira
Las ardientes plegarias del Profeta
En lejana mezquita;
Gime el viento del Sur en los cipreses
Y del Asia Menor en las colinas.

Pero Ibrahim no ve, Ibrahim no siente
Más que el dolor de su alma obscura y mísera,
Desde la noche trágica,
Desde el terrible día
En que el rojo puñal de los eunucos
Abrasó para siempre sus pupilas...

Del alba hasta el crepúsculo
Vaga Ibrahim, y los sollozos riman
El amargo poema
De su pena infinita,
Y los perros hambrientos de Scutari
Le siguen en famélica jauría.

Una noche de luna Ibrahim tuvo un sueño:
Solo que la cadina,
Que la rosa del Asia,
En sus brazos amantes se dormía,
Y que Ibrahim besábala en los labios
Y en un camello rojo los dos iban
A las tierras lejanas del Profeta.
Era tan dulce el sueño
Que Ibrahim sonreía.

...Unos árabes que iban a la Meca
Vieron en el umbral de una mezquita
Al mísero Ibrahim, que estaba muerto,
Muerto de amor por la cadina.

La paloma del zoco

Oh flor de la morería,
Sueño de amor musulmán,
Que con tu melancolía
Cruzabas por la alegría
Del zoco grande de Orán

Cuando el narrador de cuentos
Termina su historia azul
Con monótonos acentos,
Tiemblan tus labios sangrientos
Bajo tu velo de tul.

En las tardes del Profeta,
Cuando ha callado el muezzin,
Lloras, doliente y secreta,
Por Ben-Hassán, el poeta,
Que se fué con su violín.

¡Cuántas veces, musulmana,
Soñaste verle volver
Con alguna caravana.
Cuando la blanca mañana
Del desierto iba a nacer!

Pero no quiso Mahoma
Que volviera Ben-Hassán
Al nido de su paloma,
Cuando el rojo sol asoma
Sobre los techos de Orán.

Vuelve el narrador de cuentos
A contar su historia azul
Con monótonos acentos;
Tiemblan los labios sangrientos
Bajo su velo de tul.

Regresan las caravanas
En el blanco amanecer;
Gimen coplas musulmanas
Melancólicas, lejanas,
Por los que no han de volver.

Y la doliente paloma
Que abandonó Ben-Hassán
Reza cuando el sol asoma:
«¡Estaba escrito, oh Mahoma!»
Y llora sobre el Corán.

SEA-GULLS

Hail o'er the waters!

The skies are blue, the trade-winds call,
O the wild joy of being free!
Hail o'er the waters, comrades all,
Wandering legions of the sea!

Perhaps one day we'll meet again
In far-off ports and sunny lands,
One day, 'fore Death, in silent pain,
Runs our soul-ships on the sands.

But until then, sail on, sail on,
Comrades of mine! The trade-winds call,
The sails are blood-red in the sun,
The waves and skies are our all.

We're due at a Port, and we won't fail.
O the wild joy of being free!
Hail o'er the waters, comrades, hail,
Wandering legions of the sea!

The Ship

THE fighting ship came sailing in with the morning tide,
Blue skies and Southern waters, winds of my native land,
The tired, mighty liners were dreaming by her side
And heroic dead were stirring beneath the river sand.
The Ship! She brought the legends of war and of Empire,
The mighty dreams of England, the ballads of the past,
She came from haunted waters and horizons of fire,
She fought the New World's battles and conquered to [the last.
The Ship! She was the symbol and spirit of the race
That conquered far-off continents and rules across the sea,
She left a fighting Iliad that nothing can efface:
Rise, winds and Southern waters, and sing her Odyssey!
The Ship! She brought the message of those immortal things
That live and stir down in the heart and souls of Britain's [sons:
Hush! Listen! It's her voice we hear, her iron heart that [sings
And beats her fighting marches under the foreign suns.

Voices

I want to go.
I want to start again to far-off places,
To restless cities,
And strange old towns,
And windy sea-ports
I used to love
So long ago.

I want to leave the noisy streets behind,
The yellow lights, the ringing telephones,
The weary men
That toil with me
Through the long months,
Through the long years,
Battling with Life,
Waiting for Death.

I want to go
And feel the joy of sun-washed spaces,
The wild tumultuos joy of winds and waters
Under the skies of God.
I fell asleep
Over the tired keys of my typewriter
And dreamed that I was gone.

It listened in my dream
To distant voices
Of continents and oceans;
The mighty songs of battle;
The throbbing heart of ships;
The calling waves
And well loved lands.

The telephone was shrieking
There, by my side,
Mocking, tormenting,
Taunting and ringing
With the small, haunting voices of the world.

It will go ringing.
And the small voices
Will go on calling.
No one will answer
When I am gone.

M A R

Good-by!

Graznaban las gaviotas en el muelle,
Y la brisa del alba en los cordajes
Cantaban los cantares del partir;
Las luces de los bars amarillean
En las callejas grises de la orilla
Y hay suspiros de vientos y oleajes
En el sueño de las tripulaciones.

Bebo el último whisky en este puerto,
Mientras sube cantando la marea
Y palidecen las nocturnas luces
En las dársenas grises y dormidas.
Me adormecen extrañas pesadumbres
Mientras miro dormir los navegantes
Del viejo bar en las mugrientas mesas;
¡Pobres grumetes, ebrios

De alcohol y de nostalgia!
¿Qué visión vaga en sus pupilas flota,
Qué voz extraña canta en sus oídos
Mientras duermen su pena y su cansancio?

Me voy de nuevo al mar donde me llama
La voz de mis abuelos
Y la vieja nostalgia de mi estirpe.
Volveré desde el fondo de los años,
Desde el confín azul del horizonte,
De este puerto a los muelles familiares,
A beber el alcohol de esta taberna
Y a soñar en partir...
Ya estoy a bordo;
El sol enrojecía la ribera,
Y con roncos graznidos, las gaviotas,
Entre las pardas velas extendidas,
Me decían adiós...

Los viajeros solitarios

EL Gulf Stream se los lleva. Las espumas
Cantan en sus oídos
Eternas y monótonas baladas
Sus ojos fijos, sus terribles ojos,
Están clavados en los claros cielos:
¡Parece que soñaran todavía!
Se posan los albatros
En sus helados pechos
Cuando el sol tropical los amortaja.

Las sirenas errantes
Juegan con sus cabellos,
Y les hablan de cosas misteriosas,
Y al resplandor de las lejanas lunas
Besan sus labios muertos
Y los estrechan amorosas contra
Su regazo de escamas.

Son los muertos errantes,
Son los mudos viajeros solitarios...
Las lunas de alta mar las amortajan,
Sobre su sepultura
Tiembla la Cruz del Sur.

A bordo

El viento sollozaba entre el cordaje
Como un trémulo llanto de sirena,
Y el viejo timonel de faz morena
Soñaba que era su postrero viaje.

Una gaviota gris sobre el oleaje
Volaba melancólica y serena,
Y la noche del mar estaba llena
De una nostalgia trágica y salvaje.

El pálido grumete que dormía
Bajo la sombra del bauprés, reía
En sus extraños sueños de aventura.

Y oía el timonel distintamente
La canción que cantaban dulcemente
Los alisios, allá en la arboladura.

El crucifijo de oro

No sé si era un gallardo y altivo caballero
Que a las Indias venía, la noble espada al cinto,
A servir a su rey y señor Carlos Quinto,
O si era algún pirata cruel y aventurero.

No sé si por sus venas noble sangre corría,
Si era monje o pechero. Tampoco sé si era
Algún racimo de horca que huyó de la galera
Do purgaba la aleve puñalada de un día.

Solo sé que en el fondo de la mar su esqueleto,
En las entrañas muertas de un viejo galeón,
Cubierto por las algas guardaba su secreto.

Y del mar Mexicano en el fondo sonoro,
Sobre el sitio en que un día latió su corazón,
Tenía el esqueleto un crucifijo de oro.

El fantasma

Ibamos de Marsella a Yokohama;
Comandaba el inválido velero
Un anciano escocés de rostro austero,
De talle hérculea y de siniestra fama.

Murió en Port Said, sobre la sucia cama,
Entre el opio y hedor de un fumadero,
Y la nave siguió su derrotero
Del asiático sol bajo la llama.

Pero en las noches claras y distantes
Contaban con pavor los tripulantes
Que la sombra del muerto aparecía

Junto al timón, bajo la luna llena;
Y el siniestro cantar de una sirena
En los oleajes trémulos se oía.

El faro

Su resplandor lejano vieron los navegantes
Y volvieron las proas hacia la inmensidad;
A su pié los oleajes sordos y sollozantes
Braman y se retuercen bajo la tempestad.

Y cuando algún navío, ciego, no vió el mensaje
Y hundió entre las rompientes de su mástil la cruz
La pupila del faro, allá sobre el oleaje,
Lloró en las noches trágicas rojo llanto de luz.

¡Oh, qué maravillosos, qué extraños y qué austeros
Los sueños que en la noche soñáis, viejos torreros,
Turbados de visiones, ebrios de soledad,

Mientras la luz del faro solitario y lejano
Brilla entre las tinieblas y contempla el oceáno
Como una gran pupila fija en la eternidad!

En alta mar

CRUJÍAN las maderas del velero
Cuyos costados el oleaje azota;
En las jarcias graznaba una gaviota
Y en el puente cantaba un marinero.

El acordeón del negro cocinero
Gime con triste y desgarrada nota
La canción de una tierra muy remota
Bajo el ojo de plata de un lucero.

A veces, en las voces del océano,
Se oye un lamento extraño, casi humano
Un llanto triste de mujer o de hombre.

Y el timonel cansado y soñoliento
Cree oir en las aguas y en el viento
Una voz que lo llama por su nombre.

Una canción, de noche, en alta mar

UNA canción de noche, en alta mar, subía
Del puente de la nave. Una antigua canción
Vieja como los mares. El timonel la oía
Y veía en los astros como una anunciación.

Lloraban los oleajes y la nave seguía
Su ruta hacia las blancas tierras de promisión;
Gimió el viento en las jarcias. El timonel dormía,
Y contemplaba en sueños una extraña visión.

No era la misteriosa canción de una sirena
Ni el viento entre el cordaje... Era la cantilena
De un grumete despierto que contemplaba el mar;

Y al mirar las estrellas temblando en los abismos
Volcaba sus misterios, leyendas y heroísmos
En la trémula nota de su extraño cantar.

Las manos que salen del mar

Cuando el buque navega por mares muy lejanos
Y en las velas inmóviles no se escucha un cantar,
¿No habéis visto unas blancas y solitarias manos,
Unas manos extrañas, saliendo de la mar?

Las vieron los pilotos taciturnos y ancianos
Pero en los puertos nunca lo quisieron contar;
Las vieron en las noches de luna, en los oceanos,
Esas manos siniestras que parecen rogar.

Por eso los marinos en los remotos climas,
Cuando las proras cortan las espumosas cimas
De los oleajes trémulos e hirvientes al pasar,

Contemplan las espumas y buscan en las olas
Esas manos extrañas, suplicantes y solas
Que en las noches de luna se ven salir del mar.

Muerto en el mar

El añoso y fatigado navegante ya sabía
Que de aquel viaje tan largo nunca él iba a regresar;
Nunca, nunca... Su cansado corazón se lo decía
Cuando en una madrugada la goleta se hizo al mar.

¿No oyó acaso, en el viaje antes, cuando el barco ya volvía,
Que cantaban las sirenas su fatídico cantar?
En los cielos tropicales ya la Cruz palidecía
Y soñaban los grumetes con la gloria de llegar.

Una noche, — fué en los trópicos, — encontróle su segundo
Frío, muerto, descansando de su viaje por el mundo,
Y oyó un canto de sirenas en la banda de estribor.

Con un foque del trinquete a manera de sudario
Lo arrojaron a las ondas, olvidado y solitario,
Y la nave siguió viaje de la luna al resplandor.

El buque maldito

Desde Oriente a Occidente corrían por los puertos
Narraciones extrañas de aquel buque inquietante,
Negro y fúnebre como un ataúd flotante,
Que sembraba el espanto en los mares desiertos.

Se contaban historias de marineros muertos
Clavados en los mástiles, y otras horripilantes
De infelices grumetes que aparecían antes
Flotando en las estelas con ojos muy abiertos.

Y seguían contándose sus historias extrañas,
Y en su obscura sentina poblada de alimañas
Aún flotaba el recuerdo de leyendas de horror,

Cuando lo abandonaron, en sus puentes desiertos
Solo se oía el vago suspiro de los muertos,
Y las ratas corriendo de babor a estribor.

Peste a bordo

Es negro, todo negro, y su silueta obscura
Estremece a la gente que lo han visto pasar,
Como una visión tétrica de espanto, de pavura,
De las constelaciones bajo el frío mirar.

Entre sus pardas velas el viento no murmura
Aquellas misteriosas canciones de alta mar;
Un albatros se esconde en alta arboladura,
Del pájaro siniestro se oye el sordo graznar.

En las tardes tranquilas, en las auroras solas,
Desde su borda arrojan al seno de las olas
Bultos de forma extraña, con lúgubre rumor.

Lleva la peste a bordo, es el buque de muerte;
La bandera amarilla pende trágica, inerte,
En la calma del trópico, como un signo de horror.

Los ahogados

De las ondas arrulla la gran canción obscura
El sueño de esos muertos que la mar devoró,
De los héroes ahogados de una enorme aventura,
De una edad formidable que nunca se escribió.

Las noches y las albas del oceano están llenas
De sus tristes y errantes sombras, y en alta mar
Sueñan los navegantes que fueron las sirenas
Cantando en las estelas hirvientes al pasar.

Oh muertos de los mares, muertos de miles de años
Que hablan en los oleajes con acentos extraños
Que solo algún piloto muy viejo comprendió

En las noches oceánicas, misteriosas y solas...
¡Oh muertos que algún día saldrán de entre las olas
A contar una historia que nunca se escribió!

A media asta

Los marinos inválidos estaban en el puerto
Esperando la vuelta del viejo bergantín;
Llegaban las mujeres al muelle antes desierto
Y todos contemplaron el brumoso confín.

El bergantín volvía. Pero algún ojo experto
Descubrió allá en sus palos una triste señal:
El bergantín volvía, pero traía un muerto...
La bandera, a media asta, ondeaba, funeral.

¿Quién había hecho el viaje misterioso y distante?
¿Un rugoso piloto o un joven tripulante?
!Ah! ¿Quién era aquel muerto que volvía del mar?

Las ansiosas mujeres, los pilotos inválidos,
En el muelle ignoraban, silenciosos y pálidos,
Que el muerto era el grumete de tan dulce mirar...

El cementerio de las naves

HAY en aquel mar muerto pesados galeones
Que se llenan de espectros en las albas nacientes,
Y viejas carabelas de carcomidos puentes
Que llevaron los sueños de Elcanos y Colones.

Fragatas que azotaron los vientos y tifones,
Cuyos cordajes rotos tienen notas dolientes
Y goletas de cascos cansados y crujientes
Que llevaron un día las civilizaciones.

¡Oh naves olvidadas, buques tristes y muertos,
Que de toda la tierra conocieron los puertos
Y que mecieron todos los vientos de la mar,

Tripulados por sombras de olvidados pilotos,
Con sus vientres vacíos y sus cordajes rotos
En los cuales el viento ya no viene a cantar!

La visión del navegante

Aquella clara noche de luna el navegante
Tuvo un extraño sueño bajo la Cruz del Sur;
La goleta corría, fatigada y errante,
Por aguas del Oriente con rumbo a Singapur.

Vió en las profundidades obscuras y dormidas
Claridades extrañas... Contempló en su visión
Los ahogados de siglos y las naves hundidas
Que arrullaba el océano con su enorme canción.

...Y vió que aquellos muertos salían de los mares,
Y oyó en la clara noche misteriosos cantares
Que cantaban los buques bajo la Cruz del Sur.

Acercábase el alba, luminosa y distante,
Y al volver de su sueño extraño, el navegante
Vió las luces lejanas del viejo Singapur.

Tesoros del mar

No los busquéis, no son para vosotros,
Oh miserables, codiciosos vivos...
Dejadlos en el fondo de los mares,
Donde viven los grandes peces ciegos,
Donde los blancos esqueletos velan
En actitudes rígidas y extrañas,
Fabulosos y eternos
Los tesoros del mar.

A veces en la sombra y el misterio
De transparentes noches tropicales
Se oyen claros tañidos
Como claras campanas sumergidas:
Son las blancas sirenas vagabundas
Que cuentan con sus dedos espectrales,
Bajo el fijo mirar de los ahogados,
Los tesoros del mar.

Canción para todos los mares, para todos los navíos

(*Walt Whitman*)

Hoy un recitativo rudo y breve
De navíos cruzando por los mares, cada uno con su [pabellón,
De héroes anónimos a bordo, de las olas perdiéndose [a lo lejos,
De la rugiente espuma, y de los vientos soplando sin [cesar,
Y de éstos un cantar para los marineros de todos los [países,
Caprichoso, como una marejada.

De capitanes jóvenes o viejos, de pilotos y bravos [navegantes
De los pocos, selectos, taciturnos, que no temen la [muerte, ni sorprende el destino,
Los que eligió en silencio el oceano,

El mar, el viejo mar, que selecciona las razas en el [tiempo,
Amamantados por tí, ruda nodriza, encarnándote a tí,
Indómitos, salvajes, como tú.

(Siempre, siempre los héroes, en la tierra o el mar, de [a dos y tres surgiendo
Sin perderse la estirpe, quedando su semilla...)

Despliega, oh Mar, tus pabellones de todos los países!
Despliega tus banderas!
Pero no guardes para tí, ni para el alma de los [hombres, una sola bandera diferente,
Un solo pabellón espiritual de todos,
Emblema de la humana victoria sobre la muerte,
Prenda de los valientes capitanes, de todos los intrépidos [marinos,
De todos los que murieron cumpliendo su deber,
Recuerdo de ellos, tejido con las memorias de capitanes [jóvenes o viejos,
Flámula universal, ondeando para siempre, sobre todos [los bravos navegantes,
Todos los mares, todos los navíos.



PUERTOS LEJANOS

Puerto de Oriente

Viento y arena, muelles carcomidos;
Viejos bazares donde nadie compra;
Cielos ardientes, lunas tropicales,
Y más allá el desierto verde y gris.
Es el viejo Port Said en la ribera.
Bergantines de velas color púrpura
Camino de Aden y lejanos puertos
Pasan por el canal, en el crepúsculo;
Llevan sus atezados marineros
Turbantes verdes y sandalias persas.
Grandes veleros de los siete mares,
Rojos desde las quillas a las jarcias,
En viaje hacia los puertos del Oriente;
Los blancos pailebotes del Ceilán
Reflejan sus velámenes sangrientos
En el mar de zafiro,
Rojo en el alba y en la noche, azul.

Puerto lejano

CIELO gris de Inglaterra... Puerto triste y sombrío
Al que llegó la barca en un amanecer...
Junto en los muelles duerme fatigado el navío,
Como si el agua negra lo fuera a adormecer.

El viento en las callejas obscuras ha dejado
Cantares de marinos de un barco que se fué;
Mientras bebo mi whisky los sueños del pasado.
Cantan en la alegría triste de este café.

Una muñeca rubia que bailaba ha venido
A sentarse a mi lado, y me dice al oído
Las palabras de siempre... ¡Blanca y trágica «miss»!

Barre el viento nocturno la calleja desierta,
Y sueño en las pupilas de una muñeca muerta
Que duerme bajo el cielo de un lejano país...

"Ginger Polly»

¡Polly! Eran sus cabellos de un rojo veneciano,
Como el de las madonas que pintaba el Ticiano,
Y grandes ojos verdes que sabían reir.
(Por ellos mi segundo fué a un presidio a morir).
En las noches de Swansea, en la ronca alegría
De los bars marineros, Ginger Polly reía
Sentada en mis rodillas. Los borrachos cantaban,
Y las verdes pupilas de Polly me abrasaban.
Y nos amamos hasta el día del adiós;
Yo tenía quince años y Polly veintidós.

Transcurrieron los años. Una tarde volví
A Swansea, con mi barco, y de nuevo la ví.
¡Ginger Polly! Una vieja monstruosa, alcoholizada,
De un ojo lacrimoso me envolvió en la mirada,
Y vino tambaleando por el turbio figón
A besarme, llorando de whisky y de emoción,

¡Ginger Polly, oh andrajo trágico de aquel puerto!
En aquel bar de Swansea, ¿quién estaba más muerto?

El botero del Támesis

Ese viejo botero cubierto de tatuajes
Que mira tristemente las barcas que se van,
Fuma su pipa y sueña con peregrinos viajes
Que realizó con otras barcas que ya no están.

Fuma y en sus oídos cantan los oleajes;
¡Ah! Sueña cuando él era un bravo capitán
Y cargaba, al suspiro del viento en los cordajes,
El opio en Yokohama y especias en Ceilán.

¡Pobre viejo marino que siempre sueña y fuma,
Con las pupilas llenas de nostalgia y de bruma,
Mientras flota su bote por el Támesis gris!

Esas barcas que parten y esos otros marinos
No le llevarán nunca del mar por los caminos
A cargar opio y seda a un lejano país.

Las naves duermen

Se han dormido las naves, misteriosas y quietas,
En el seno del Támesis. No se oye la canción
Que cantaba en las proras de las viejas goletas
Con acento nostálgico el lloroso acordeón.

En la bruma se pierden sus obscuras siluetas,
Y en los puentes desiertos que barriera el tifón
Sueñan viejos marinos de figuras escuetas
Con lejanos países de sol y de ilusión.

Corre el Támesis bajo las fatigadas quillas;
Oh buques que vinisteis de lejanas orillas,
(Oh barcos que mañana volveréis a zarpar

Hacia el sol y el misterio de los remotos puertos...)
Y los viejos marinos en los puentes desiertos
Hablan soñando y sueñan que están en alta mar.

Las tabernas del Wapping

UNA musa errabunda y misteriosa viene
En las noches de invierno a estos turbios cafés,
En el umbral mugriento callada se detiene
Y se pierde en la sombra de las calles después.

Los marinos, en su honda borrachera perenne,
Sueñan con ella y sienten el mar bajo sus piés,
Y olvida cada uno los pesares que tiene
Y oye el viento del trópico gimiendo en el bauprés.

Surjen ante los ojos de los ebrios, extraños
Mirajes de recuerdos perdidos en los años,
Y suena en sus oídos una vieja canción

De tierras y de soles que están lejos, muy lejos...
Y el Támesis solloza entre los muelles viejos
Y de los marineros canta en el corazón.

La virgen de Kandapur

VEÍAMOSLA al alba, de bruces en la arena,
Cuando íbamos de Goa al golfo de Manar,
Oyendo del mar árabe la extraña cantilena.
Desde el velero nadie nunca la vió llorar.

Jugaban con sus trenzas, besaban sus mejillas,
Mojaban su regazo; cantábanle, tal vez,
Los sueños de un ahogado, las aguas amarillas...
Allá lejos pasaban los paquebots de Suez.

Sobre la arena roja sollozaba el oleaje;
Y ella esperaba siempre que él volviera del viaje,
Mirando las estrellas misteriosas del Sur.

Y al besarla la espuma en su ensueño creía
Feliz y solitaria, que el ahogado volvía
A besarla en la playa roja de Kandapur.

En la playa

(Rabindranath Tagore)

Los niños se reunían en la orilla
De los mundos sin término.
Dormía el claro cielo;
El oleaje cantaba
Coronado de espuma.
Y los niños cantaban y reían
Y se entregaban a infantiles juegos
en la orilla
De los mundos sin término.
Levantaban castillos en la arena,
Jugaban con los nácares,
Y construían con las hojas secas
Barquitos que arrojaban a las olas.
¡Cómo juegan los niños en la orilla
De los mundos sin término!
Reía el mar con risa
Tumultuosa y extraña.

La espuma y la resaca humedecían
Las arenas desiertas.
Y las olas cantaban a los niños
Baladas sin sentido,
Coplas como esas que las madres cantan
Al borde de las cunas.
En la orilla
De los mundos sin término
Se reunen los niños.
La tempestad se arrastra por el cielo,
Y las naves se pierden para siempre
En las aguas sin límites.
La muerte vaga por el mar,
Vencedora, invisible,
Mientras los niños juegan en la orilla
De los mundos sin término.

El Cementerio judío de Newport

(Longfellow)

Qué extraño! Estos judíos en sus tumbas,
En la calle tranquila de este puerto,
Mudos junto a las olas rumorosas,
Inmóviles en medio de esta vida.

Blancos de polvo, sobre el largo sueño
De los dormidos, los añosos árboles
Bajo el viento del Sur mecen sus frondas
Custodiando el misterio del Gran Exodo.

Losas ennegrecidas de las tumbas
Empedrando el obscuro camposanto ,
¿Serán las Tablas de la Ley que un día
Del Sinaí el profeta despeñara?

Hasta estos mismos nombres son extraños,
Suenan a viejas y remotas tierras:
Alvarez y Rivera—puede leerse
Entre los de Abraham y de Jacob.

Sus puertas ya cerró la sinagoga,
Los salmos de David enmudecieron,
Los rabbís no murmuran el Decálago
En la lengua que hablaron los profetas.

No están los vivos y los muertos quedan,
Mas no olvidados... Manos invisibles
Como lluvia estival sobre sus losas
Derraman las ofrendas del recuerdo.

¿Cómo es que están aquí? ¿Qué odio cristiano
En qué persecusión ciega, implacable,
Arrojó sobre el mar, sobre el desierto,
A esta raza de Hagares e Ismaeles?

Habitaron los sórdidos rincones
De los ghettos y Judenstrasse obscuros;
Allí aprendieron a sufrir la vida
De la angustia, y la muerte de la hoguera.

Para su hambre, las hierbas del desierto,
El pan amargo del eterno exilio;
Para la sed de sus ardientes almas
El río de sus llantos seculares.

« Anatema maranatha! » Era el grito
De ciudad en ciudad, de calle en calle,
Mordecai, maldecido, en cada puerta
Era arrojado por el pié cristiano.

El orgullo y la afrenta los seguía
Por los anchos caminos de la tierra;
Como la arena pisoteados, pero
Firmes y solos como las montañas!

Porque allá, detrás de ellos, allá lejos,
Inmortales, magníficos, sublimes,
Espectros de patriarcas y profetas
Proyectaban su sombra sobre el tiempo.
Reflejando el pasado en el futuro.

Y leían así, siglo tras siglo,
—Como si fuera un manuscrito hebraico.
Siempre a la inversa, — El Libro de la Vida,
Hasta que fué Leyenda de los Muertos.

AURORA

A los vencedores en el mar

«Chant on, sail on, bear o'er the boundless blue from me
to every sea, this song for. mariners and all their ships».
Walt Whitman.

Salve, Inglaterra, reina y señora de los océanos,
Baten tus marchas los corazones de tus navíos,
Y la leyenda de tus inmensos reinos lejanos
Canta en el alma de tus ciudades y de tus ríos.

Salve, Inglaterra, tú que forjaste generaciones
Con luz de Shakespeare, hierro de Cromwell y oro de [Clive;
De veinte razas en los cerebros y corazones
Corre la sangre de una leyenda que sobrevive.

Salve, Inglaterra. Todos tus héroes están despiertos
En los sepulcros llenos de voces de la Abadía;
El viejo Támesis vió que se alzaban todos tus muertos
Aquella aurora de odio y de sangre que amanecía.

Salve, Inglaterra. Por los leopardos de tu corona,
Por los barones del rudo siglo de Juan Sin Tierra,
Por los que luchan por tu grandeza de zona en zona,
Por los que mueren por tus ideales de guerra en guerra

Madre Britania, dominadora de continentes,
Tú que arrojaste la viril raza de tus errantes
Sobre las aguas, bajo los cielos, sobre los puentes
De tus inmensas y vagabundas flotas mercantes.

Salve Inglaterra. Por las baladas viejas y extrañas
Que canta el Támesis entre las brumas de su ribera;
La gran balada de tus dolores y tus hazañas,
Y cada muerto que hay en Westminster sueña y espera..

Madre de pueblos, por esa estirpe que dentro lleva
Los heroísmo y sueños de otras generaciones
Raza de Wellesley, Nelson y Raleigh que se renueva
Oyendo el canto con que la arrullan sus tradiciones.

Pasan tus huestes bajo los soles y las escarchas,
Ante los mudos héroes de piedra de tus ciudades,
¡Y hay en sus almas las mismas voces, las mismas
[marchas
Que hubo en las almas de los que hicieron tus libertades!

¡Númen de Nelson, que inspiró sueños de Trafalgares
En las visiones rudas y heroicas de tus marinos!
¡Pobló el rugido de tus leopardos los siete mares,
Y el mundo supo que tú velabas por sus destinos!

Viento de siglos estremecía los pabellones,
Y a la luz roja del alba vieron tus marineros
Que se alineaban, mudos, en torno de los cañones
Las rudas sombras de tus corsarios aventureros.

Anchos caminos del mar que saben tus aventuras,
Aguas que guardan allá en su seno las muchedumbres
De los caídos porque en las nuevas horas futuras
No haya opresiones, ni cautiverios, ni servidumbres.

Salve, Inglaterra, qne hoy tus leopardos están despiertos
Junto a las águilas ensangrentadas y vencedoras;
Venga a los libres, venga a los vivos, venga a los muertos,
Seca la sangre de las heridas y de las horas.

Himnos que suenan en los alisios ecuatoriales,
Voces que cantan en el insomnio del oceano:
¡Son tus navíos, vieja Inglaterra, que van triunfales
Hacia la aurora del redimido linaje humano!

Marcha de los pioneers

(*Walt Whitman*)

VENID, hijos míos de rostros curtidos,
Estrechad las filas, ¿Tenéis vuestras armas?
¿Tenéis vuestras hachas? ¿Tenéis las pistolas?
Pioneers, oh pioneers!

Venid, no podemos perder más el tiempo;
Rompamos la marcha. No importa el peligro.
Si somos la raza que va hacia el futuro,
Pioneers, oh pioneers!

¿Ya se han detenido las razas más viejas?
Cansadas de muerte, ¿cesaron la obra?
La recogeremos nosotros, nosotros,
Pioneers, oh pioneers!

Dejemos tras nuestro a todo el pasado:
Llegamos a un mundo más grande, más fuerte,
A un mundo de luz, justicia y trabajo,
Pioneers, oh pioneers!

Oh mi raza inquieta, raza irresistible,
Raza de mis hondos y viejos amores,
Vuestras son mis lágrimas, vuestros son mis júbilos,
Pioneers, oh pioneers!

Mirad, hijos míos, mis hijos resueltos,
Mirad las legiones que tras nuestro vienen:
Vienen desde el fondo de todos los siglos,
Pioneers, oh pioneers!

Morir en la marcha... ¿Qué gloria más grande?
¿Cayeron algunos, cansados, vencidos?
Sigamos, los fuertes, llenemos los claros,
Pioneers, oh pioneers!

Los pulsos del mundo laten con nosotros:
Las formas y espíritus, los trabajadores,
Hombres de la tierra y el mar, los esclavos,
Pionners, oh pioneers!

Todos los que aman, todos los que sufren,
Los buenos, los malos, los presos, los libres,
Los tristes, los míseros, los vivos, los muertos...
Pioneers, oh pioneers!

Están con nosotros, están con nosotros,
Para la obra santa de abrir el camino,
Y todos aquellos que no están, esperan,
Pioneers, oh pioneers!

Oh bardos vivientes que cantan al mundo,
Oh bardos dormidos en vuestras mortajas!
Vendrán con nosotros. Ya escucho sus voces,
Pioneers, oh pioneers!

¿Ya cayó la noche? ¿Fué duro el camino?
¿Se detuvo alguno cansado y sin ánimo?
Os doy una hora... Seguid luego en marcha,
Pioneers, oh pioneers!

Hasta que en el alba suene el llamamiento.
Oid! Como suena! La diana, es la diana!
Obscuras legiones, estrechad las filas!
Pioneers, oh pioneers!

Canción de los marineros de Kiel

...Y sonó el canto de la nueva aurora
Cayó en silencio el símbolo imperial;
Y se oyeron vibrar de prora en prora
Los acordes de la Internacional.

De esa aurora a la luz volvió los ojos,
Arrojó a la corriente su fusil,
Y saludó los pabellones rojos.
El centinela que velaba el Rin.

Ya no hay emperador ni servidumbres;
Cantan la redención del Vaterland
Los navíos, las roncas muchedumbres,
Y los cañones de Heligoland.

¿No oís el canto que en el alba alzaron
Los timoneles en la vieja Kiel?
¡Las alondras de Weimar lo entonaron
Y cada nave resonó con él!

Sangre de sacrificio hinchó los ríos
Cada muerto esperó bajo su cruz,
Y el sol vió desfilar a los navíos
Del rojo amanecer hacia la luz!

Canción de los tejedores

Tú que fuíste libre, ¿sabes lo que hacemos
En nuestros telares, ruiseñor del Rin?
Como en tu Silesia, tejemos, tejemos,
Y nuestro trabajo se acerca a su fin.

Al pié de tu losa hoy te lo diremos
En los versos rojos de nuestra canción:
Desde hace ya siglos tejemos, tejemos,
Telares cansados nuestras almas son.

Esperando el alba con ojos abiertos
Sin odio, sin ira y sin inquietud,
Tejemos sudarios para dioses muertos,
La roja mortaja de la esclavitud.

Fuiste un hombre libre. Ya nos comprendemos
Desde tu sepulcro, ruiseñor del Rin;
Como en tu Silesia, tejemos tejemos,
Y nuestro trabajo se acerca a su fin.

INDICE

PUERTO

A una errante 9
Barrio marinero 11
Tommy's Bar 12
Opio 14
Las veladas del bar 15
La irlandesa del bar 17
La bruja 18
Los antros 19
La griega del antro 20
El piloto inválido 21
El piloto ciego 23
El tejedor de mortajas 25
Crepúsculo en el puerto 26
La muerte en los muelles 27
Una canción en los muelles 29

BUQUES

Salmo de los navegantes 35
El alma de los navíos 36
Al partir las goletas 37
La "Sofía Duncan" 38
El «Bouganville» 39
Buques 40

NOSTALGIA

El último sueño de Pierre Loti 45
La viajera perdida 48
A un ahogado 49
¿Te acuerdas, compañero? 50

INTERMEZZO

La casa derribada 55
El árbol 57
La luz del rascacielo 59
La casa donde hemos vivido 61
Nocturno de la muerte 63

MOTIVOS ARABES

Züleika 67
El sueño de Ibrahim 69
La paloma del Zoco 71

SEA-GULLS

Hail o'er the waters! 77
The Ship 78
Voices 79

MAR

Good-by! 85
Los viajeros solitarios 87
A bordo 89
El crucifijo de oro 90
El fantasma 91
El faro 92
En alta mar 93
Una canción en alta mar 94
Las manos qus salen del mar 95
Muerto en el mar 96
El buque maldito 97
Peste a bordo 98
Los ahogados 99
A media asta 100
El cementerio de las naves 101
La visión del navegante 102
Tesoros del mar 103
Canción para todos los mares, para todos los navíos 104

PUERTOS LEJANOS

Puerto de Oriente 109
Puerto lejano 110
"Ginger Polly" 111
El botero del Támesis 112
Las naves duermen 113
Las tabernas de Wapping 114
La virgen de Kandapur 115
En la playa 116
El cementerio judío de Newport 118

AURORA

A los vencedores en el mar 125
Marcha de los pioneers 129
Canción de los marineros de Kiel 133
Canción de los tejedores 135

ESTAS CANCIONES ESTÁN DEDICADAS
A LA DULCE MEMORIA DE MI
HERMANA ELY, QUE
DUERME EN EL SENO
DE LA LUZ.

ESTA OBRA HA SIDO EDITADA EN
LOS TALLERES GRÁFICOS
DANON & Cía.
RECONQUISTA 459
BUENOS AIRES
EL AÑO
MCMXX